

# Antonio Negri: una expresión del común\*

**Víctor Manuel Moncayo C.**

Ex Rector y Profesor emérito  
Universidad Nacional de Colombia

**N**o se trata de rendirle culto a su personalidad ni a su prolífica obra, ello sería más que una afrenta a lo que Negri representa para el movimiento anticapitalista contemporáneo. Parafraseando sus tesis, su práctica teórica y política es una expresión más del común. Como él mismo nos lo ha dicho, lo que nos trata de comunicar no es el resultado de una mente iluminada, ni mucho menos las elucubraciones de su cerebro apasionado.

Su voz y sus escritos, como lo ha planteado en su reciente obra *Declaration*, no son un manifiesto, no buscan funcionar como la expresión del poder visionario de los antiguos profetas para crear sus propios sujetos, su propia gente, para adocenar colectivos fieles a un nuevo credo. Los movimientos sociales de hoy han invertido este orden y han vuelto obsoletos tanto los manifiestos como los profetas. Negri, como debemos serlo todos nosotros, es parte de esos movimientos del común y, como tal, esa es la significación real de su obra, que tiene el mismo valor de la acción de todos los agentes del cambio que, sobre todo en estos tiempos recientes, descienden a calles y plazas para declarar nuevos principios y verdades que materializan sus deseos, formulando sus propias prácticas

---

\* Este artículo corresponde, en líneas generales, a la presentación de Antonio Negri en su Conferencia "Lo común: más allá de lo público", dictada en el Auditorio León de Greiff de la Universidad Nacional de Colombia el 21 de noviembre de 2012.

y lógicas para retomar su poder constituyente y reinventar nuestro mundo, nuestras relaciones de *Commonwealth*, nuestros lazos de amor como integrantes de la misma especie.

Este espacio de la Universidad que nos ha servido para encontrarnos con Negri es más que propicio para que repensemos lo común. Es cierto que la Universidad y el sistema educativo en general no es un mundo neutral y separado del orden capitalista, pues siempre ha formado parte de él, cumpliendo funciones necesarias para su reproducción en campos tales como la calificación de la fuerza laboral, la formación de las élites, la transmisión y el reforzamiento de valores políticos y culturales inherentes a la dominación en muchos órdenes, y la recepción, comunicación y producción de la ciencia, la técnica y las artes. Sirviendo, como en el caso latinoamericano y colombiano, a la conformación y consolidación de la Nación, como dimensión política y construcción social consubstancial a la existencia del sistema de dominación capitalista.

Pero, no es menos verdad, como nos lo vienen revelando las políticas que en materia de educación superior y en otros campos se vienen promoviendo y ejecutando en los últimos tiempos, que se ha desdibujado la distinción entre lo público y lo privado para hacer más clara la mercantilización y, sobre todo, para que el sistema capitalista pueda apropiarse, sin nada a cambio, de los bienes comunes que están representados en las experiencias y resultados científico-técnicos y en los medios materiales de que disponen para el efecto las instituciones de educación superior, así como en las capacidades y competencias de profesores y estudiantes que integran las comunidades académicas.

Se trata, en efecto, de espacios complejos, históricamente contruidos, que en realidad no pertenecen al Estado ni a los agentes privados, aunque la formalidad jurídica diga otra cosa; que son un resultado colectivo y acumulado de toda la sociedad,



De acuerdo con cifras oficiales, en Colombia cada tres días una mujer es asesinada, 140 son agredidas y cada una hora dos son violadas.  
<http://www.patriagrande.com.ve/wp-content/uploads/2012/11/Protesta-violencia-machista.jpg>

verdaderos bienes comunes, obras del común, que sólo artificialmente se pueden concebir como de propiedad pública o privada.

Por ello, estos espacios no son sólo académicos, sino escenarios para la expresión crítica y, como tales, son de igual manera producto de la construcción común a lo largo del tiempo, que es preciso defender para que no sean desconocidos ni alterados por la visión empresarial que quiere imponerse.

Pero no sólo la Universidad –como espacio para la crítica– es un bien común, sino que también por aquí circula un bien esencial del común: el conocimiento. El capitalismo contemporáneo ha llevado a desdibujar casi por completo la noción de lo público por oposición a lo privado, haciendo añicos esa distinción y evidenciando que lo público nada tiene que ver con el interés general. En ese proceso se observa, por lo tanto, no sólo un traslado amplio y progresivo de sectores abandonados por el Estado al ámbito de la empresa privada, sino una redefinición de las instituciones públicas para acercarlas al carácter y a la lógica empresariales, hasta el punto que en la práctica en nada se distinguen de aquellas, salvo por la formalidad jurídica de su origen y naturaleza. Ese es el verdadero sentido de la privatización: no se trata sólo de que agentes privados asuman la producción de determinados bienes y servicios, sino también de que las entidades públicas continúen atendiendo algunas de esas producciones, pero bajo reglas de operación análogas a las privadas.

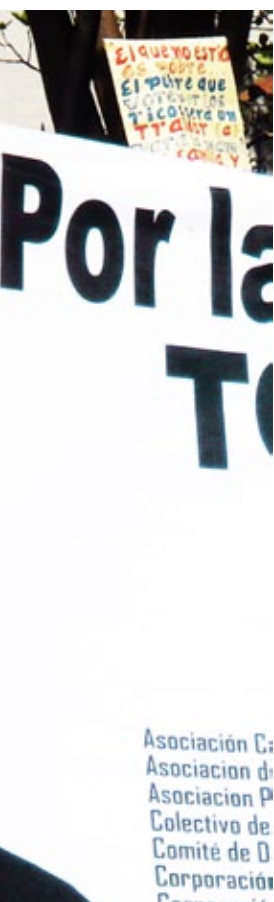
En el caso de la educación, esa dinámica tiene una particularidad, pues la privatización así entendida exige la conversión de un bien muy específico, como es el conocimiento, que se transmite y se produce bajo diferentes formas y en niveles distintos, en una verdadera mercancía ficticia. En efecto, los resultados de la función humana del pensar y el saber no sólo no son producidos como bienes mercantiles, sino que no son el producto de algunas mentes dotadas o iluminadas: son productos sociales de la humanidad



Piedad Córdoba



Patricia Ariza



acumulados en su trasegar histórico, *verdaderos bienes comunes*, que a nadie pertenecen ni pueden pertenecer en términos de propiedad, pero que el capitalismo nos los trata y nos los presenta como cualquier otro bien para atribuirles características mercantiles, para erigirlos en valores de cambio, para hacer posible que sean monopolizados en orden a su utilización o disposición, de la misma manera como procede con otros bienes comunes, como son los recursos de la naturaleza y las mismas propiedades de la vida en sus distintas manifestaciones.

Ese rasgo es tanto más importante cuanto que el conocimiento, como resultado de las transformaciones contemporáneas del capitalismo,

Los resultados de la función humana del pensar y el saber no sólo no son producidos como bienes mercantiles, sino que no son el producto de algunas mentes dotadas o iluminadas: son productos sociales de la humanidad acumulados en su trasegar histórico, *verdaderos bienes comunes*, que a nadie pertenecen ni pueden pertenecer en términos de propiedad, pero que el capitalismo nos los trata y nos los presenta como cualquier otro bien para atribuirles características mercantiles, para erigirlos en valores de cambio, para hacer posible que sean monopolizados.

mo, no es que se haya convertido en un factor de la producción o en parte del factor capital como “capital humano”, que siempre lo ha sido, sino que ahora —más allá del incorporado en las máquinas— recobra importancia el que está presente en los sujetos concretos, convertidos en unidades productivas aunque no estén vinculados salarialmente, que en forma progresiva son portadores, como conjunto cooperativo y comunicativo, de una productividad derivada del conocimiento pasado y presente que está en sus cerebros y no en medios materiales exteriores e independientes.

Esto es apenas parte del debate sobre lo común al cual hemos invitado a Negri en este encuentro. Después de su periplo histórico que lo llevo de “ese otro movimiento obrero”, de la “autovalorización proletaria”, de la “autonomía obrera” sin mediación sindical ni partidista, a la prisión de Rebibbia, pasando por su primera fuga al exilio francés y su segunda a la misma prisión para



poder formular tesis políticas y contribuir a redescubrir o reinventar un nuevo modo de intervención política radical.

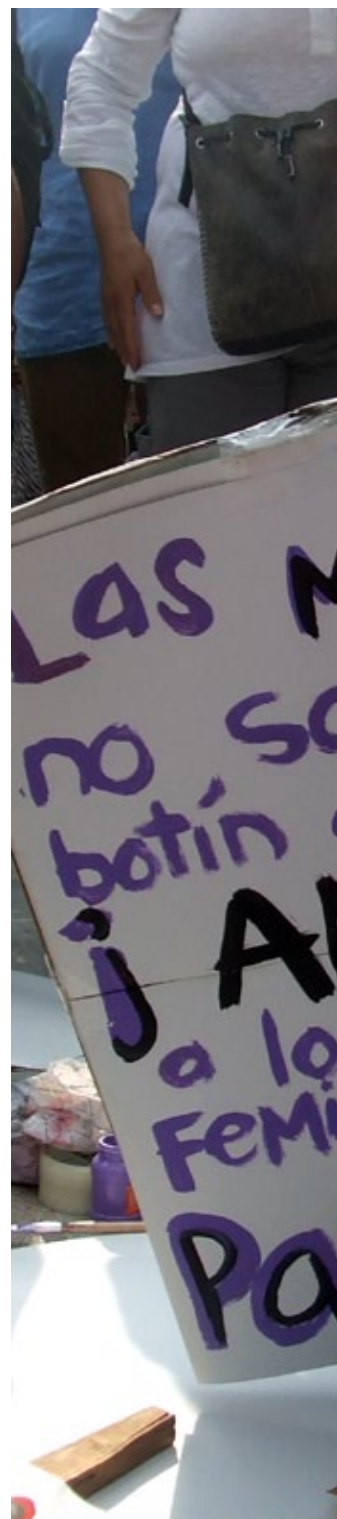
Esas tesis sobre el orden capitalista contemporáneo en todas sus dimensiones, del cual dan cuenta precisamente sus obras *Imperio* (2000) y *Multitud* (2004), y más recientemente *Commonwealth* (2009), donde se atreve a proyectar las modalidades materiales de una nueva constitución que supere el capitalismo y el Imperio a partir de un “comunismo de los comunes”.

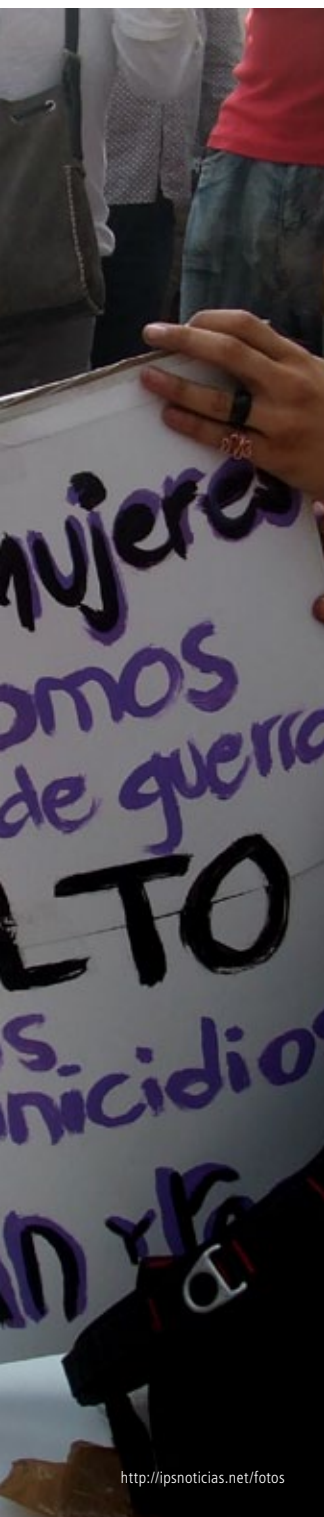
El Estado-nación ya no está en capacidad de ejercer el control de la relación del capital, pues las luchas obreras internas a que dio lugar el Estado-nación y las luchas antiimperialistas y anticoloniales agotaron esa forma histórica como modalidad garante del desarrollo capitalista. Ha llegado a su fin la fase imperialista del desarrollo capitalista, entendida como proceso expansivo del poder del Estado-nación, y, de igual manera, ha concluido el mundo del “socialismo real”, cuya soberanía hizo crisis por la reivindicación de libertad.

La subsunción real del trabajo al capital iniciada por el maquinismo ha comprometido ahora a todo el conjunto de la vida social, de tal manera que la explotación ya no remite a la teoría del valor-trabajo y a la relación salarial clásica, pues ha quedado atrás la prevalencia del trabajo material sustituido por la dominación hegemónica del trabajo inmaterial. Estamos en la “época de la producción biopolítica”

Tenemos que dar una respuesta nueva y satisfactoria a la caducidad de las categorías con las cuales se comprendía la explotación capitalista en otro momento. El clásico concepto marxista de plusvalía ya no da cuenta de la realidad, ni apoya la acción política, como empezó a pensarlo Negri en su obra *Marx más allá de Marx*, concebida y escrita en la prisión. Según su expresión hay que “reconocer que el sujeto del trabajo y la rebelión han cambiado profundamente”.

Es en ese contexto, donde reaparece la Multitud, desligada por completo de lo que significa en el mundo pre-social hobbesiano (en el cual es igual a la plebe o al pueblo que el Estado domina); recuperándose así el verdadero contra-pensamiento de la modernidad concebido por Spinoza. La multitud en la sociedad posmoderna le “quita al poder toda transparencia posible”, y hace que “sólo pueda ser dominada en forma parasitaria y por tanto feroz”. La multitud debe encontrar la forma de erigirse como sujeto político, debe llegar a ser Posse –nombre de la revista italiana que animaba Negri–, el poder de la multitud, que integre ser y conocer.





La multitud contemporánea no está compuesta por “ciudadanos” ni por “productores”, pues se ha roto la distinción entre lo individual y lo colectivo, entre lo público y lo privado. Los muchos de la multitud ya no necesitan la unidad de la forma del Estado-nacional por que han reencontrado su unidad en las facultades genéricas de la especie humana. Estamos ante una multitud como un concepto de clase, ya no de la clase obrera, sino de la clase de todas las singularidades productivas, de todos

los obreros del trabajo material e inmaterial. Es una potencia ontológica que encarna un dispositivo que busca representar el deseo de transformar el mundo.

La multitud como conjunto de singularidades vuelve a expresarse, y no admite que sus diferencias sean reducidas a otra Unidad distinta de la que la precede y que remite a su comunidad como especie. En tal sentido, desconoce la soberanía, pues puede regirse por sí misma, puede ser carne viva que se gobierna a sí misma. Como tal, además, puede hacer realidad la democracia como gobierno de todos para todos. Siendo hoy la producción biopolítica, es decir, que comprende todos los aspectos

de la vida, la multitud es el sujeto común del trabajo, aunque aún siga sometida por la categoría de pueblo nacional.

A diferencia de lo que ocurrió cuando la burguesía como nueva clase social emergente, sobrepuso a la multitud una soberanía edificada sobre el concepto de pueblo nacional, hoy, en la soberanía del nuevo orden global, la multitud resurge para imponer una sociedad alternativa que no disuelva las diferencias que se edifican a partir de nuestra unidad como especie.

Esa multitud que va al rescate de lo común, con todas sus implicaciones en los movimientos que hoy se escenifican en todas las latitudes, y que son definitivamente al mismo tiempo la realidad y el porvenir de las luchas anticapitalistas en el mundo global al cual pertenecemos.

A diferencia de lo que ocurrió cuando la burguesía sobrepuso a la multitud una soberanía edificada sobre el concepto de pueblo nacional, hoy, en la soberanía del nuevo orden global, la multitud resurge para imponer una sociedad alternativa que no disuelva las diferencias que se edifican a partir de nuestra unidad como especie.

<http://ipsnoticias.net/fotos>

